

Una semana en un apartamento delante del mar da juego para muchas cosas: dormir, pasear, leer, comprar croissants, bañarse, huir del sol, buscar el fresco, comer pizza por la noche, mirar el mar, bajamar y pleamar, comprobar asombrado cómo cambian los colores, ver pájaros corriendo, rápidos, divertidos, al lado de la orilla y, al emprender el vuelo, asistir a un prodigio repetido e irrepetible.

Las pequeñas luchas son asumibles: quitarse la arena de los pies, antes de entrar; lidiar con una nevera pequeña, hacer cola para comprar el pan...

Te sitúas delante del agua y das las gracias, cada día. Lees, en una semana, dos buenas novelas y te quedas asombrado de que los libros te sigan enriqueciendo tanto. Toda una vida leyendo y sigues agradeciendo encontrar un buen libro. Leer es la reinención del amor (a leer) perpetua.

Ves la Tierra oscurecer por el eclipse y, el 15 de agosto, por la noche, unos fuegos artificiales, hermosísimos, te entregan quince minutos de belleza, sorpresa y alegría gratuita: lo inesperado queda.

El dueño del apartamento, marítimo por

Castillos de arena

Jordi Nadal



excelencia, te trae una docena y media de ostras. Viene y las abre delante de tus ojos.

En Francia, las familias tienen niños. En la playa, la presencia de los niños se da en el murmullo de juego, arena, castillos, olas, risas, pelotas, bañarse, jugar con el mar... son algo que no es otra cosa que la normalización de la esperanza.

Un pequeño intenta construir una torre de arena y el mar se la come sistemática-

mente; infatigable, se medio rebela y tira arena al agua y se acerca cada vez más a las olas, como un púgil desafiando al rival, porque su juego está en desafiar el mar.

Es un pequeño Jerjes. Según Heródoto, hacia el 480 a.C., una tormenta destruyó los puentes de barcas construidos para cruzar el Helesponto –el actual estrecho de los Dardanelos– durante la invasión de Grecia. El rey persa ordenó dar 300 latigazos al mar, arrojarle unos grilletes y marcarlo simbólicamente con hierros al rojo vivo, como castigo por haberse rebelado contra él. Ese niño pequeño muestra el mismo ánimo desafiador que Jerjes I, se enfrenta al agua...

No te das cuenta, pero aquí está todo, de algún modo notas que, mientras haya niños que construyen, un día tras otro, castillos en la arena, hay motivos para tener esperanza.

El sol, al atardecer, es benévolo y la brisa y la espuma de las olas y el dorado de la arena hacen pensar que mañana, una vez más, habrá un nuevo día. Y todo, absolutamente todo, estará (in)explicablemente a la espera de nosotros, tan ricos, tan pobres, tan fuertes, tan débiles, tan contingentes...●